

FLACSO . Biblioteca

América Latina 2020

Escenarios, alternativas, estrategias

Francisco López Segrera y Daniel Filmus (coordinadores)

© Francisco López Segrera y Daniel Filmus, coordinadores

© Temas Grupo Editorial SRL, 2000

Talcahuano 1293 piso Iro. B

1014 - Buenos Aires, Argentina

Tel: 4813.9334 y rotativas / Fax: 4813.5463

www.editorialtemas.com

E-mail: temas@ciudad.com.ar

Derechos reservados en idioma español

Diseño de cubierta e interiores: Diego Barros

Coordinación General: Carlos Sibilla

Corrección: Soledad Casanova

1ª edición, mayo de 2000

ISBN 987-9164-43-1

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin permiso escrito de la Editorial.

5808
10/11/00
10/11/00

5808

ÍNDICE

TOMO I

Presentación

- 13 Nota de los coordinadores. Francisco López Segrera y Daniel Filmus
25 Prólogo. *Brasil: para reiniciar el crecimiento*, Celso Furtado
29 Introducción. *Mensaje al III Encuentro Latinoamericano de Estudios Prospectivos*. Federico Mayor Zaragoza

Capítulo I

- 35 *Los estudios prospectivos como herramientas de construcción de futuro*
- 35 Xabier Gorostiaga
Hacia una perspectiva participativa. Esquema metodológico
- 51 Sergio Buarque
Elaboración de escenarios de Brasil y de la Amazonia brasileña
- 111 Francisco José Mojica
Determinismo y construcción del futuro

Capítulo II

- 127 *La educación para el siglo XXI*
- 127 Carlos Tünermann Bernheim
La educación para el siglo XXI
- 153 Axel Didriksson
Tendencias de la educación superior al fin de siglo: escenarios de cambio
- 165 Jorge Broveto
La educación para el siglo XXI
- 181 Ana Luiza Machado
La educación en América Latina y el Caribe: visión prospectiva al año 2020
- 199 Xabier Gorostiaga
En busca del eslabón perdido entre educación y desarrollo: desafíos y retos para la universidad en América Latina y el Caribe

- 227 Daniel Filmus
*Educación y desigualdad en América Latina de los noventa.
¿Una nueva década perdida?*
- 257 Flavio Fava de Moraes
Educación superior y desarrollo: visiones del futuro
- 265 José Raymundo Martins Romêo
Educación para el siglo XXI

Capítulo III

- 275 *Cultura y desarrollo*
- 275 Edgar Montiel
*Globalización y geopolíticas de las culturas.
Un ejercicio prospectivo a partir de los años ochenta*
- 287 Celso Furtado
¿Y ahora, Brasil?
- 293 Julio Carranza Valdés
Cultura y desarrollo. Algunas consideraciones para el debate
- 311 Estrella Bohadana
Humanidad: entre el lenguaje y la cultura
- 323 Carlos J. Moneta
Identidad y políticas culturales en procesos de globalización e integración regional

Capítulo IV

- 337 *Ciencias sociales*
- 337 Theotonio Dos Santos
Construir el futuro: el papel de las ciencias sociales
- 351 Aldo Ferrer
La globalización y el futuro de América Latina: ¿qué nos enseña la historia?
- 365 Wilfredo Lozano
Cooperación internacional, redes globales y ciencia social en América Latina
- 381 Atilio A. Borón
América Latina: crisis sin fin o el fin de la crisis

- 397 Francisco López Segrera
Herencia y perspectivas de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe
- 413 Emir Sader
Modelos de acumulación y crisis hegemónica
- 427 José Antonio Ocampo
XIII Congreso Brasileño de Economistas y VII Congreso de Economistas de América Latina y el Caribe
- 439 **Apéndices**
- III Encuentro de Estudios Prospectivos: “Los Escenarios de América Latina y el Caribe en el Horizonte 2020”, Río de Janeiro, 20 al 22 de septiembre de 1999
- 439 Declaración Final
- 445 Informe de Relatoría

Capítulo III

Globalización y geopolíticas de las culturas

Un ejercicio prospectivo a partir de los años ochenta

Edgar Montiel*

In the post-Cold War world, for the first time in history, global politics has become multipolar and multicivilizational.

Sammuel P. Huntington¹

1. El mercado de las conciencias

¿Existe una presencia cultural de Iberoamérica en el mundo? ¿Cómo se conduce frente al relumbrón de las grandes potencias? ¿Se percibe una *sensibilidad* americana reconocida y *distinguible* en el escenario internacional o será necesario romper el cerco para permitir la libre expresión de nuestra cultura en medio de las tentativas de uniformización?

La concentración del poder mundial, característico de nuestra época, ha llevado a los Estados Unidos –como a China, Japón y los países europeos– a servirse de *la cultura*, en su acepción global, como factor estratégico de las relaciones internacionales.

Los estudios sobre la influencia protagónica de las culturas en la configuración del nuevo orden global, como los de Sammuel P. Huntington, director del Centro de Estu-

* Director de UNESCO-Paraguay. Miembro del Consejo de Redacción de Cuadernos Americanos, donde ha publicado ensayos de interés.

¹ “En el mundo surgido de la postguerra fría, la política global ha devenido multipolar y multicivilizacional por primera vez en la historia”, en *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. Nueva York, Simon & Schuster, 1996. Otra experiencia en curso fue iniciada por Francia e Italia. El gobierno de François Mitterrand promovía la latinidad o el panlatinismo como una suerte de alianza cultural entre los países de Europa mediterránea y América “latina”. Así se haría frente a la creciente influencia cultural y lingüística anglosajona.

dios Estratégicos de la Universidad de Harvard y consejero de la Casa Blanca, muestran como éstas influyen en las orientaciones de política exterior de un país.

En la lucha de influencias, la potencia hegemónica actual desplaza el eje cultural a un terreno difícil de transitar. No es un proceso nuevo en la historia, pero con la **globalización selectiva** actual ha adquirido proyecciones insospechadas, pues los medios informativos multiplican su influencia simbólica y valorativa.

Con muchísimos más recursos tecnológicos que antes, las actuales potencias influyen a escala planetaria en el saber y la emoción del hombre contemporáneo. Se pretende opacar diferencias, imponer valores, es decir, imponer una mentalidad determinada. Si lograran llegar a los dominios de la conciencia estarían cerca de imponer su *cosmovisión*, con eso habrían logrado casi todo: hombres individualistas, acríticos, aparciales, apáticos ante la solidaridad y compradores compulsivos. Pero las identidades culturales, religiosas o étnicas no son tan frágiles como podría creerse.

La filosofía de la historia muestra que la violencia y la dominación son constantes en el itinerario de la humanidad; para algunos es la razón de la historia y su móvil. La vocación imperial y la hostilidad por la *otredad* son inherentes a los poderes hegemónicos. La existencia de la diversidad se inscribe en la lucha entre fuerzas identitarias y fuerzas globalizantes. No hace mucho, en 1983, el Presidente de los Estados Unidos promovió una vez más un millonario plan para difundir en el mundo, pero especialmente en América Latina, los “valores universales de la civilización occidental y cristiana”, que decía encarnar su país. Se propuso fomentar los valores de las democracias, la competencia, la individualidad. El mesianismo estadounidense trataba por enésima vez de llevarnos a su versión del paraíso *a pesar nuestro*, porque consideraba que nosotros expresábamos otros valores. Pero –lo reconoció Noam Chomsky– “entienden por crisis de la democracia el que amplios sectores de la población se volvieran políticamente activos”.² Lo que les preocupa es que los pueblos y las naciones se asuman a sí mismos, afirmen su diferencia, por eso hay que introducirlos a empujones dentro de seudos “valores universales” que la metrópoli fomenta.

El ímpetu de la globalización hace que se recurra –gracias a los recursos tecnológicos, económicos y financieros– a los predios de la cultura para influir y condicionar a grandes conglomerados humanos, que son vistos como mercados mundiales compradores de productos, de ideas y de imágenes. La cultura practicada como una categoría *abstracta*, es decir sin raíces históricas (la *plastic culture*), puede servir para vencer las resistencias de la identidad propia. No buscan sólo *integrar* las elites a

■ ² Chomsky, N., entrevista realizada por el diario *Uno más Uno*, 15 de mayo de 1984. ■

los modelos de la metrópoli sino de amasar a las masas en gran escala, orientarlas según sus intereses planetarios. La televisión, la vía satélite, el cine, el disco compacto, la prensa, la poderosa red Internet, en fin, todo el arsenal impreso y audiovisual que impregna las mentes (que ellos manejan más que nadie) pueden servir a estos fines. Ellos producen para el mundo el 85% del arsenal comunicativo. La maquinaria simbólica está en sus manos.

Seamos claros, obviamente que no se trata de oponerse a la información o a la modernización de los medios de comunicación o de buscar un imposible ostracismo (nadie se opone a la circulación de las ideas y las imágenes o a la evolución de mentalidades), sino de saber cómo tratar estos nuevos intentos de plastificación del espíritu, cómo mantener las capacidades críticas ante un asedio tan sistemático como entretenido. La cultura global puede constituir un poderoso instrumento de uniformización. ¿Quiere decir que la cultura no es inocente y virginal? ¿No se considera que la cultura es un valor espiritual, distante de la intolerancia y la opresión? Las culturas nacionales se entienden hoy en día como las manifestaciones vitales de una comunidad, su forma de ver el mundo, su escala de valores y la autopercepción de su participación en el mundo. Existen, recuerda Nietzsche, “pueblos con voluntad de poderío”, por eso la cultura puede formar parte de las relaciones de dominación. Hay un exceso de positividad para entender la cultura. Con frecuencia se la exonera de la crítica,³ olvidando que todas las guerras de expansión han sido acompañadas de “ablandamiento” cultural.

Es cierto que la cultura forma parte de la geografía del alma, pero no se olvide que la perversión tiene un lugar en las manifestaciones del espíritu... Cuando Goebbels dijo “si me hablan de cultura saco mi pistola” es evidente que advirtió muy bien las fortalezas que estaban en juego. Lo mismo decían los dictadores en Latinoamérica: saben de las posibilidades *conformistas o subversivas* de la cultura. Todo depende de sus fines (por eso no es virginal). Puede consolidar o derrocar regímenes, puede justificar o rechazar invasiones, puede liberar u oprimir. La cultura no está *per se* por encima del bien y del mal. Es el bien y el mal: como concepto totalizador, *todo* lo que el hombre *hace y es* constituye una expresión de la cultura; puede ser emblema de libertad o de alienación. Tanto puede estimular la creatividad y la tolerancia como el conformismo y la opresión, a nombre de la tradición o la identidad.

A los intentos uniformizadores del exterior hay que sumar la dinámica homogeneizadora del interior, que trata de promover una sola versión de la cultura nacional. La dia-

³ La tradición positiva hace que se trate con simpatía categorías como cultura (valor espiritual, pero también instrumento de denominación), historia (registra los avances, pero Pinochet y los desaparecidos son también historia), clases populares (“protagonista de la revolución”, pero también mayoría conformista).

léctica que se establece entre el *colonialismo interno* y el *globalismo externo* fomenta la pérdida de la diversidad de expresiones de la cultura local, empobreciendo sus manifestaciones a favor de una cultura *predominante*. Se pretende que la *versión* de las clases dominantes sea la cultura *nacional*. La fuerza globalizadora en lo interno desestabiliza la frágil alianza entre culturas que coexisten en un mismo espacio. La cultura nacional que a nombre de la modernidad no recoja el patrimonio histórico y cultural en toda su variedad pierde su fuerza propia y corre el riesgo de *mimetizarse*, por una vía u otra, con los patrones culturales que fomenta la globalización. El impacto de la globalización a nivel de la comarca es un problema que merecería mayor atención por parte de la antropología cultural: hay que pensar globalmente para saber actuar en la aldea.

Ante los poderosos procesos de globalización, históricamente América ha sabido tratarlos: desde el siglo xvi ha sabido decantar o congregar valores culturales precolombinos y europeos, y hoy sabe mantener una actitud selectiva o **re-creadora** de lo externo. Maestra en el arte de la *transculturación*, ha configurado en cinco siglos un patrimonio propio que se identifica como cultura americana, reconocible y diferenciable de otras culturas. De modo que se puede decir, parafraseando un bolero, que una vuelta más no importa. Diría más: en la historia de la humanidad, América ha pasado por los procesos de globalización más fuerte, y aquí está con su aire vital entrando en el nuevo siglo.

2. La globalización ante la Virgen de Guadalupe

¿Qué clase de relaciones mantienen la cultura, la geopolítica y las relaciones internacionales? ¿Qué enlaces se establecen entre cultura y soberanía nacional? ¿El *interés* nacional se acaba en las fronteras o hay fenómenos culturales que van más allá del país? Son algunas de las preocupaciones que plantean las relaciones internacionales hoy en día.

El desarrollo científico técnico que se aceleró en los últimos treinta años está generando un *redimensionamiento* de muchas realidades y conceptos: las comunicaciones vía satélite han acercado al mundo en una aldea planetaria, la informática nos permite acceder a una red mundial de información en cantidades ilimitadas, la robotización en la producción viene sustituyendo masivamente la mano de obra, la manipulación nuclear podría permitirle a usted realizar un nuevo Hiroshima en el jardín de su casa. La biotecnología ha penetrado en la intimidad de la molécula y se están produciendo miles y miles de operaciones transgénicas (la clonación es una ventana abierta a toda clase de experiencias).

No cabe duda que la revolución en la informática, la robótica, la telemática y la biotecnología han desencadenado grandes transformaciones económicas y culturales. Pero detengámonos en aquellas referidas a los medios de comunicación. ¿qué se transmite por esos medios? ¿Se trata de entretener, informar, formar u orientar? La fascinación *subliminal* que produce el audiovisual, el prodigioso espectáculo logrado por los video clips, video discos y la imagería virtual terminan muchas veces anclados en el fondo de nuestras conciencias. Se está produciendo una concepción *videoclipada* del mundo: destacar lo efímero y aparential sobre lo esencial y duradero.

La fácil tecnología comunicativa permite que la difusión mundial de la *plastic culture* no tenga límites, igual se ve sus productos en Miami, Bombay, Buenos Aires, Dakar o La Habana. Si son los únicos mensajes que se consumen —como se pretende— estaremos perdidos, pues se impondrá una cultura sin raíces; una cultura global, “cultura promedio”, confirmada por una amalgama sin carácter que pretende satisfacer todos los gustos en todas partes.

Una de las consecuencias de la globalización es que en el plano conceptual está produciendo una *redefinición* de los conceptos tradicionales de nación, soberanía y seguridad nacional. La *cohesión* de una nación, el compartir valores, puede considerarse parte de la seguridad nacional (cohesión cultural que debe ser entendida en términos democráticos y plurales). Cuando se alteran los valores culturales nacionales legitimados por consenso se está atentando contra la soberanía y, en última instancia, contra la seguridad nacional, ya que el concepto moderno de soberanía no se sustenta sólo en la defensa de un territorio sino también en su *cemento constitutivo*, que es la cultura —historia, lengua, raza, música, religión, hábitos de consumo, etc.— que practica un pueblo de manera cotidiana.

Ya no es únicamente el espacio geográfico (el espacio vital de un país) el elemento *decisorio* de las relaciones internacionales —según la definición canónica de geopolítica— sino que ahora el vigor de una cultura, de una comunidad cultural, adquiere un inusitado *valor estratégico*. La definición meramente patrimonial, catastral y casi municipal de nación ha caído en desuso; la definición estatista, puramente institucional, de soberanía nacional está siendo superada por la noción de comunidad cultural, de *patrimonio* cultural en manos de una colectividad. Esto es lo que ocurre con los chicanos o judíos: no tienen compromiso legal con sus Estados de origen, pero sienten que forman parte de una comunidad cultural, por eso actúan en consonancia con los intereses de sus naciones originarias.

“La pólvora y la imprenta hicieron en Europa las nacionalidades”, recuerda Régis Debray en su libro *La Puissance et les rêves*. ¿Cómo están influyendo la energía nu-

clear, la biotecnología, y nuevas definiciones de nación y soberanía? Considera Debray que, “la nueva era que se anuncia no augura el fin de lo nacional sino su renacimiento bajo una *nueva forma*”. ¿Cuáles son esas formas nuevas de los nacionales? El autor responde con un ejemplo: “El Sha de Irán y sus protectores creían ser modernos y serios: industrias, armamento, autopistas, turismo. Juzgaban a Homeiny y a los mollahs de folclóricos. Fue entonces cuando *la cultura venció a la economía e incluso a la fuerza militar*”.⁴ No es una novedad, la cultura continúa siendo el motor de la resistencia y funciona como palanca para desencadenar los procesos de cambios internos. ¿No lo recordaron abruptamente los zapatistas en Chiapas el 1 de enero de 1994, día en que el México salinista iba a entrar al Norte gracias a la ALENA?

¿En los procesos sociales centroamericanos –Nicaragua, El Salvador, Guatemala– la religiosidad popular no forma parte de la levadura del cambio? ¿No contribuye la cultura popular a enfrentar a ejércitos consulares que cuentan con armamento moderno? En un sugerente ensayo, *Guadalupanismo y cultura nacional*, Javier Guerrero sostiene, sin rodeos, que fue la Virgen de Guadalupe quien forjó la patria: “Espíritu nacional, alma del pueblo, patrona de México, imposición ibérica, creación de los naturales, forma sincrética, señal de los desamparados, la Virgen de Guadalupe sobrevive incólume a la modernización y a la decadencia de la nación mexicana. Nada ha podido deterrarla del culto popular multitudinario; su dominio, fiel espejo de las contradicciones de nuestra cultura, ha sido lo mismo estandarte de rebeliones que motivó la codicia y chantaje para los poderosos. Su permanencia es la de los grandes y luminosos, terribles mitos que crean los pueblos. En los días de la independencia, Simón Bolívar celebraba que el sacerdote Miguel Hidalgo y Costilla llevara la imagen de la virgen morena al frente de sus ejércitos de parias y desarrapados”. Enseguida Guerrero propone a la Virgen para encabezar la nueva revolución; “¿en la edad del desencanto, del fin de las ideologías, del atroz escepticismo, no podríamos incluir, entre las desfallecientes utopías de la transformación social, alguna en que una nueva y esencial multitud de olvidados marchara tras la imagen de Guadalupe?”.⁵

En el caso de Irán, el Islam, alma de la cultura nacional, venció a la economía y a la fuerza militar, y en México la Virgen de Guadalupe, “espíritu de la nación” antes y ahora sigue convocando a multitudes en la montaña chiapaneca o en la megaciudad capital. ¿La nación no sentirá que cada vez que se le mueve el piso se refugia

⁴ Debray, R. (1984): *La puissance et les rêves*, París, Gallimard, p. 304.

⁵ Guerrero, J. (1983): “La virgen que forjó una patria: guadalupismo y cultura nacional”, en *El Buscón*, N° 7, México, pp. 27-45.

en la *memoria colectiva*? Ante la ofensiva *mundialista* en la que interactúan la economía, la ciencia, la técnica y el comercio, que centraliza el poder en los países más tecnologizados, es necesario una movilización afirmativa de la identidad cultural, un esfuerzo deliberado de autonomía intelectual para contar en la sociedad del conocimiento. Autonomías que *no* hay que entenderlas como autarquías o autoctonismo, sino como la capacidad de un pueblo de tener un desarrollo creador, en esta época signado por la innovación. Y la identidad no hay que entenderla como monolítica o estática, sino como plural y dinámica, abierta al progreso, a la modernidad, la posmodernidad y los aportes de la cultura universal.

Tiene flagrante pertinencia hoy en día la sentencia de Paul Valery, “las civilizaciones no son inmortales”, dicha durante la ocupación de París por los nazis. Ahora las ocupaciones revisten otra forma. La cultura que no se ejercita parece desplazada por otra. La globalización no permite la existencia de “santuarios” culturales, zonas donde no puede entrar. Los satélites vigilan el mundo. Como sería imposible confrontar capacidades financieras o tecnológicas con las grandes potencias, la cultura iberoamericana, tan vigorosa, creativa, adquiere así un valor estratégico de primer orden para marcar su presencia en el mundo.

Busquemos sacar provecho de nuestra situación. A nadie escapa que existe una concentración (unipolar) militar y económica en el mundo (Estados Unidos), pero existen también polos culturales (Francia, Italia), tecnológicos (Alemania, Japón), religiosos (Israel, Irán) o históricos (Grecia, Egipto, México, Perú). Iberoamérica, heredera de una magnífica civilización y dotada de una vitalidad cultural excepcional. ¿no le convendría trabajar internacionalmente para conformar un *polo cultural e histórico*? ¿No tendríamos así una mayor capacidad de *negociación* frente a las otras comunidades ya integradas? ¿No estaríamos mejor ubicados en la geopolítica mundial?

3. La creatividad como ejercicio de soberanía

En las obras más relevantes que se han producido en el continente en música, literatura, cine, teatro o en los tratados sociológicos, filosóficos o económicos más innovadores, se advierte la expresión del *ser* y la *historia* americana. En esta práctica *creativa* se siente la personalidad de la región. Constituye una manifestación de nuestra *humanidad*, expresión de una “virtud trascendente”, como anotaba Alfonso Reyes. En aras de la trascendencia debemos hacer de nuestra realidad el punto de despeje ima-

ginativo para avanzar hacia el desarrollo. ¿En la alteridad reside nuestra posibilidad de aportar a la universalidad? ¿Tenemos que ser diferentes para ser universales?

En el campo de la filosofía, un debate de hace veinte años ilustró bastante bien la controversia: Luís Villoro en su ensayo “Perspectivas de la filosofía en México para 1980, (*El Perfil de México en 1980*) previno “contra los excesos de la imaginación”, y auguraba que en los trabajos intelectuales habría una pérdida del “color local y la producción filosófica mexicana se asemejará a la que se haga en cualquier otro lugar del mundo”. Pronosticaba que se produciría el “abandono progresivo del nacionalismo cultural y el acceso a un nuevo universalismo”.

Distinta argumentación se encuentra en las páginas de *Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana*, de Leopoldo Zea (Joaquín Mortiz, 1974), quien proponía “ya no imitar sino asimilar experiencias para una tarea que ha de ser común a todos los hombres y abra la posibilidad de un hombre nuevo; nuevo por su capacidad para hacer de su largo pasado el material de su novedad”.

En este debate, la evolución reciente de la cultura iberoamericana parece haberle dado la razón a Zea, ya que los mejores productos intelectuales del continente han salido de la entraña de América y no se ha cumplido tampoco el pretendido “universalismo”, sino tentativas de *hegemonismo* cultural, que es precisamente lo contrario. Las facultades de la región se han llenado de “ismos” de moda.

Las expresiones culturales con profunda raíz americana son las que tienen mejor acogida en el mundo: se identifica con el genio de una cultura. Si Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, García Márquez u Octavio Paz no hubieran hecho despegar su imaginación desde Quetzaltenango, Machu Picchu, Aracataca y la Piedra del Sol, no hubieran logrado tanta fuerza expresiva (reveladora de mundos) que los hizo merecedores del Premio Nobel.

Somos un continente con bastantes iletrados, pero dotados de un imaginario pródigo, por eso somos una potencia literaria. El hombre latinoamericano tiene un alto voltaje creativo. Eso se plasma en la narrativa. Porque de Carpentier a Borges, de García Márquez a Vargas Llosa, de Cortázar a Paz, de Rulfo a Monterroso, de Sábato a Arguedas o de Onetti a Fuentes, todos están hablando de un *yo* colectivo. Ciertamente desde perspectivas estéticas o políticas distintas, pero dentro de un denominador común: un modo de ser americano, cimentado por el idioma y por una realidad histórica compartida, capaz de incorporar todos los registros, como los que requiere un concierto para sonar bien.

Se trata de una verdadera *tesorería* americana, de tanta riqueza acumulada. Este proceso ya lo había sentido hace más de sesenta años Don Alfonso Reyes: “La laboriosa entraña de América va poco mezclando esta sustancia heterogénea, y hoy por

hoy, existe ya una *humanidad americana* característica, existe un espíritu americano”.⁶ Proceso que congrega la pluralidad, la va depurando, haciendo más nítida las manifestaciones de la identidad, la que se conoce en el mundo como “latinoamericano”.

Es que esta novelística al perfilar personajes como los primeros magistrados, abuelas desalmadas, desaparecidos, intelectuales latinos-en-París, patriarcas, radionovelas, héroes-sin-cualidades, verdades-sospechosas, cimarrones, tangos, abogados, mujeres araña, moscas, perros, famas y cronopios está hilvanando las múltiples facetas de una realidad virtual muchas veces irrevelada. Y aquí reside su poderosa capacidad evocadora. Se trata de un mundo salido de la “laboriosa entraña” del continente que el escritor recrea estéticamente, captando las angustias, humores, atmósferas, drama o esperanzas.

De todo esto está conformado el vasto imaginario de América, su tesorería cultural. Imaginaria de tanta penetración, que cumple una función reveladora de un mundo verosímil, al que a veces no tiene en acceso las ciencias sociales (sin categorías propias de análisis y plagada de ideologías): con sus novelas, ¿José María Arguedas o Manuel Scorza no revelaron las relaciones feudales en la *hacienda* antes que los sociólogos? ¿Ernesto Sábato o Martínez Moreno no nos mostraron el submundo de la crueldad institucionalizada antes que los politólogos? ¿Miguel Barnet o Jorge Amado no hacen etnoliteratura con el mundo del cimarroneo?

Con este acervo la creación latinoamericana muestra su originalidad, sus atributos como cultura. Su aceptación internacional se debe a que es reconocida como una sensibilidad *diferente*. Podemos acceder a la universalidad cuando la cultura transmite algo *auténtico*, pues cuando desarrolla sus facultades creadoras define su *especificidad* y su diferencia de las otras: al afirmarse se distingue, rompe el mimetismo desalmado (sin alma) de la cultura plástica.⁷ Se ve claramente que es una literatura resultado de otro proceso histórico, que comunica una mirada distinta del mundo, que transmite otra sensación de la existencia, es decir *otra experiencia de la humanidad*. Si es otra podrá ser interlocutora y participar en el diálogo mundial de las culturas; contribuye a la cultura universal y es tomada en cuenta en la geopolítica de las culturas. Para nadie es un secreto que la visibilidad de Latinoamérica en el mundo viene marcada en las últimas décadas por la *novela del boom*. Ahora también por la música. América ha sido siempre pródiga en producción musical y exportadora de sonoridades y géneros: el mundo baila con nuestra música, es una experiencia de nuestra cultura del cuerpo, de nuestro patrimonio genético.

⁶ Reyes, A. (1936): “Notas sobre la inteligencia americana”, en *Sur*, Buenos Aires, septiembre.

⁷ Una fundamentación de estos planteamientos se puede ver en: Salazar Bondy, A. (1976): *¿Existe una filosofía de nuestra América?*, 4a. ed., México, Siglo XXI.

Con cierto candor algunos todavía consideran, a nombre de una concepción facsímil de universalidad, que cuando mejor “adaptemos”, “asimilemos” o “límitemos” los productos intelectuales de las metrópolis (vivir de la “recepción” o de los “préstamos teóricos”) estaremos mejor armados para alcanzar un solvente desarrollo cultural y tendremos acceso a los “valores universales reconocidos”.

Desde afuera y desde adentro nos proponen repasar el camino de la Grecia filosófica, la Francia literaria, los Estados Unidos económico o el Japón tecnológico, es decir, *buscar un modelo* y repetir, ignorando los procesos históricos diferenciados, que trajo consigo un desarrollo desigual entre los países. Este universalismo artificial, de inspiración hegeliana, ubica la historia y sus valores en los países de “mayor progreso”, relegando el resto a la condición de periféricos y “exóticos”.

Un antecedente patético lo dio Thomas Mann, cuando dijo en 1927: “En realidad, no soy partidario de lo exótico. ¡Oh, no! Soy resueltamente fiel a Europa y creo que aún durante mucho tiempo, al menos en el plano espiritual, *todo* continuará girando en torno a nuestro continente y que el destino del hombre se resolverá aquí” (los subrayados son nuestros). Digo patético porque el pobre Thomas Mann al poco tiempo tuvo que huir de la persecución nazi para refugiarse en América, dándose cuenta en carne propia (nunca mejor dicho) de que estaba errado, no era seguro que el “destino del hombre” se iría a resolver en Europa...

La imitación desenfadada que fomenta la globalización constituye una fuerza adversa a la irradiación cultural del continente y es factor de empobrecimiento civilizacional. La creación, la autenticidad, forman parte de la movilización por el desarrollo durable y el ejercicio de nuestra soberanía en el mundo. El plagio y la recepción *acrítica* de modelos y conceptos (no decimos el rechazo indiscriminado) es un acto de pereza intelectual. La creatividad, el vuelo imaginario, la conciencia crítica, son formas de la subversión creadora que lucha por liberarnos de todo tipo de ataduras.

¿Esta creatividad sólo es posible en la literatura? No lo creemos. Veamos lo ocurrido en las últimas décadas. Al frecuentar centros universitarios europeos se advierte una vez más que allí se identifica como aporte intelectual latinoamericano aquello que contenga elementos raigales e innovadores. Por ejemplo, los economistas de las facultades de París o Londres recurrían a la *escuela estructuralista latinoamericana* para explicar los procesos del desarrollo/subdesarrollo: los textos de Celso Furtado, Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Osvaldo Sunkel, Theotonio Dos Santos o Gunder Frank eran lecturas de referencia. En Roma o Bonn se estudiaba con atención la *Teología de la liberación*, por esa religiosidad singular que resultaba del catolicismo militante.

Otra tesis que se convirtió en una *escuela internacional* fue la *pedagogía del oprimido*, de Paulo Freire, recibido por los pedagogos como una verdadera revolución en los métodos de educación popular.

En elaboraciones como la Teoría de la dependencia, el *Teatro de la pobreza* promovido por Augusto Boal, la *Filosofía de la liberación* que va de Leopoldo Zea a Salazar Bondy, *El Cinema novo brasileño*, la música popular tan rica en melodía y sonoridad (de la salsa y el merengue al bolero y el jazz latino), las teorías sobre *cultura popular*, la vitalidad de la pintura y el arte popular, etc., en todas estas manifestaciones se encuentran claras expresiones de la inteligencia y la sensibilidad americanas. Con estos frutos nos presentamos a la convivencia internacional y se nos reconoce como una *personalidad cultural*, es decir una referencia de desarrollo cultural. Ventaja comparativa que resulta rentable en política internacional.

El boom de la literatura latinoamericana, por ejemplo, generó un movimiento masivo de interés por el idioma español, por los libros y autores latinoamericanos, por la sociedad, historia, cultura y política del continente. Se dignificó el idioma y muchos lectores creyeron que era necesario aprender el español para leer a quienes consideraban clásicos contemporáneos. La comunidad “hispana” –así se identifican a chicanos y “newricanos” en los Estados Unidos– adquirió de pronto un orgullo cultural y con eso alimentan sus reivindicaciones (ahora hay un vasto mercado para los libros, las casas editoriales españolas se han volcado a los Estados Unidos).

Cuando en literatura, economía, filosofía o pedagogía uno se adentra con audacia e imaginación en las realidades se pueden *tocar estructuras significativas* que permitan descubrir nuestra sustantividad.

Así se puede responder a las necesidades cognoscitivas de nuestro mundo real (conocer para transformar) y se logra elaborar teorías e interpretaciones que permitan participar en el intercambio (dar y recibir) con el exterior, tener derecho de admisión al banquete de la globalización. Al salir del subentendimiento, ¿estos conocimientos de la realidad no nos permiten encontrar estrategias más acertadas para superar los obstáculos de nuestras sociedades? ¿Estas autonomías intelectuales no forman ya parte de la ansiada liberación latinoamericana? ¿Estimular nuestro imaginario no nos permite adentrarnos más en las raíces y ser, a la vez, más independientes y libres?

A diferencia de los años setenta, en las últimas décadas, las ciencias sociales y la teoría económica latinoamericana se vieron brutalmente cercadas por las tesis neoliberales, apoyadas por un ejército de becarios, consejeros, ministros, viajes, profesores, bancos (como el Mundial y el fmi). El Congreso Latinoamericano de Economistas de Río de Janeiro (septiembre de 1999) llegó a la triste conclusión, por boca de Celso Fur-

tado, de que en los últimos veinte años nada de relevante se había producido en la ciencia económica de la región. Ahora hay signos de que el apagón teórico ha concluido, que las alambradas impuestas van cediendo, que las teorías “llave en mano” no han resuelto ninguno de los grandes problemas económicos de la región y se retoma con fuerza un espíritu creador para encontrar soluciones a los problemas acumulados.

Creemos que nuestra cultura –auténtica, imaginativa y universalizable– constituye, frente a la globalización, una expresión de nuestra soberanía americana y esencia de nuestra libertad.